

Alain Joxe

Doctrina estratégica y guerra de intervención

ALAIN JOXE, de la Escuela Práctica de Altos Estudios (Sorbonne), es actualmente profesor investigador del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. Durante varios años fue investigador del *Centre d'Études de Politique Étrangère* de París. Entre sus publicaciones está *El Conflicto Chino-Soviético en América Latina*, Arca, Montevideo, 1967.

RESPONSIBILITY AND RESPONSE. Maxwell Taylor. New York, Harper and Row, 1967, 84 pp., ind.

ARMS AND INFLUENCE. Thomas Schelling. New York, Praeger, 1966, 222 pp.

LE DISCOURS DE LA GUERRE. André Glucksmann. Paris, l'Herne, 1967, 178 pp.

La doctrina estratégica americana, en cuanto política gubernamental de una administración determinada, emana de formas variadas de reflexión que son: las tradiciones militares, la nueva estrategia de los "lógicos-estrategas" civiles y las guerras o crisis concretas, es decir, el mundo exterior. Para defenderse de la dominación imperiosa, del conformismo y del poder de convicción de los escritos americanos sobre la actualidad, es necesario revisar a cada instante los antecedentes históricos deformados sistemáticamente y someter los conceptos más utilizados a una crítica sin concesiones. Pero no captaremos el

movimiento real de los conceptos estratégicos sino relacionando estudios cuyos enfoques son extremadamente diferentes.

Encontraremos aquí un libro político escrito por un militar; un libro estratégico escrito por un economista, por último, un estudio de filosofía sobre las escuelas estratégicas actuales.

La relación de estos trabajos está en que ellos nos permiten comprender, a través de ciertos rasgos permanentes del pensamiento y de la acción militar de las principales potencias, el movimiento que orienta, especialmente después de la crisis cubana de 1962, la maquinaria material e intelectual organizada por Kennedy hacia una práctica, que llamaría johnsoniana, de la utilización de los medios militares. Esta práctica encarnada en la guerra del Vietnam se relaciona con ciertos rasgos más antiguos de la tradición americana, organizándose al mismo tiempo alrededor de una voluntad más consciente y más firme de *leadership* mundial.

Los dos primeros trabajos citados,

Máxwell, Taylor, *Responsibility and Response* y T. Schelling, *Arms and Influence*, pertenecen al mismo momento histórico; aquel en que el equipo kennediano deja de lado la idea de pensar ante todo en la *respuesta flexible* para pensar en la utilización local de la fuerza para obtener éxitos políticos limitados. El general Taylor es el prototipo del pensador militar para quien plantear un problema es de por sí resolverlo. Schelling por el contrario, es el coleccionista de matices y de modelos delicados que ya conocemos, es un estilista de la precaución. Sin embargo, ambos proponen una reflexión destinada a permitir la intervención en el Vietnam con las mejores posibilidades de éxito; y en general la intervención militar americana en el mundo convertido en multipolar. En el momento que se da comienzo a las negociaciones de París sobre el Vietnam del Norte, es conveniente volver a leer estos trabajos en los que encontramos la llave de determinados comportamientos americanos. El general Taylor, en misión especial en Vietnam durante el fin del gobierno de Ngo Dinh Diem fue, como ya se sabe, el principal arquitecto *militar* de la doctrina Kennedy de la "respuesta flexible". En su importantísimo libro de 1959, *The Uncertain Trumpet*, mostraba que no era ya razonable fundamentar la disuasión en las represalias masivas en la nueva relación de fuerzas introducida por el término del monopolio termonuclear norteamericano y la aparición de los cohetes soviéticos, y preconizaba la organización de un instrumento militar que permitiera al Presidente elegir una réplica proporcional a la amenaza. Estas reflexiones se ubicaban en el marco de la oposición bipolar que prevalecía todavía

aparentemente en el sistema mundial, y que la doctrina Kennedy se esforzaba en mantener. *Responsibility and Response* es una recopilación de conferencias dadas en la primavera de 1966. El general Taylor fue mientras tanto consejero militar especial del Presidente Kennedy, encargado de revisar la organización y la capacidad de Estados Unidos en planificación paramilitar (actividades no convencionales y de guerrillas); luego, fue Presidente del Estado Mayor Inter-Armas de Kennedy y de Johnson, y el 28 de junio de 1964, fue encargado de la Embajada de Estados Unidos en Saigón. Muchas veces en misión especial de inspección en Vietnam durante el gobierno de Diem y de Khanh, fue finalmente testigo y responsable local de la primera fase de la *escalada* de 1965. Es, pues, con cierta autoridad, que puede permitirse abordar los difíciles problemas planteados a Estados Unidos por la despolarización del mundo y la elección de los teatros y de los motivos de intervención que deben imponerse por no poder intervenir en todas partes a la vez.

Debemos constatar que los instrumentos de análisis que emplea son sumamente simplistas por no decir burdos. Al mismo tiempo que atribuye esencialmente al conflicto chino-soviético y a la competencia entre dos centros revolucionarios las causas de la agitación, deplora en el fondo esta nueva complejidad de un mundo en el cual en vez de haber dos bloques hay 136 naciones. Los Estados Unidos, dice, deben ahora mantener una atención constante en todas las direcciones y prever de antemano "la potencia de las fuerzas inamistosas con respecto a nuestros objetivos nacionales". Para esta vigilancia no concibe

más que una especie de reja analítica puramente empírica repartiendo a las naciones en categorías según su "comportamiento". El mundo se divide así en 4 partes: 1º *Los perturbadores* (Trouble making power), la Unión Soviética, la China, el Vietnam del Norte, Cuba, pero también Indonesia y la RAU (notaríamos hoy día la eliminación de Indonesia después de las masacres de 1965 y el estatuto más perturbador de Corea del Norte). 2º *Las víctimas*, alrededor de 90 naciones jóvenes todavía débiles. El autor ve en su "juventud" la causa de su inestabilidad política y de su pobreza. Clasifica aquí sin reservas, al lado de los países de Africa y de Asia recientemente emancipados, los países de América Latina cuya emancipación es apenas más reciente que la de los mismos Estados Unidos. El considera que los "comunistas" se dirigen a esta categoría de países y aplican allí la *técnica* de la "guerra de liberación" o de la "guerra popular" sin tomar en cuenta aparentemente, una diferencia ideológica entre soviéticos y chinos en este asunto. 3º *Los espectadores* ("viejas naciones del hemisferio norte que contribuyen muy poco a nuestros problemas multipolares") son la tercera parte del mundo. 4º *Los Estados Unidos mismos*, constituyendo implícitamente una cuarta parte del mundo que por un *lapsus* muy revelador, el autor se abstiene de mencionar. Eso es un rasgo típico del carácter centripeto de la visión norteamericana del mundo, y de la incapacidad de concebir a Estados Unidos como resultante de un sistema mundial y no solamente como un actor autónomo y de buena fe en un universo desordenado.

Sería interesante comparar esta cuadrupartición del mundo con la

que proponen los chinos, basándose en un análisis de las contradicciones de clases (campo imperialista, revisionistas, campo socialista, primera zona intermediaria: zona de las tempestades —las víctimas en la clasificación de Taylor; segunda zona intermediaria: los espectadores). Se constata entonces que una diferencia entre Mao Tse-tung y el general Taylor radica en que este último no menciona el caso del "revisionismo" y no ve en el conflicto sino una división nacional; por otra parte, asimila en un solo grupo a los perturbadores del tipo nasseriano, a los dos grandes comunistas y a los países de "primera línea" (Cuba, Vietnam del Norte) que se distinguen claramente en los análisis comunistas (democracias nacionales en desarrollo, siendo diferentes del campo socialista, pero formando parte del campo antimperialista, Cuba y el Vietnam del Norte constituyendo lo que se comienza a llamar la tercera posición en el campo socialista).

La división del general Taylor es mucho menos sutil, pues responde a una preocupación ingenuamente militar de designación del enemigo en términos tradicionales. Esta visión del mundo lo conduce fatalmente a postular contraverdades históricas como la idea de que hubo "un ataque guerrilla de Hanoi contra el Presidente Diem en 1959-60" (*Responsibility and Response*, p. 8).

Sin embargo, la importancia histórica de la descripción del general Taylor no reside en la *percepción* del mundo, pero en la *misión* que le fue confiada a su vuelta a Washington por el Presidente Johnson de proponer la reorganización de los servicios que permitan al Presidente tomar decisiones para intervenir en tal o cual

teatro en el mundo. Sus críticas al sistema anterior y las proposiciones que anticipa y que fueron adoptadas constituyen la parte más interesante de su libro. Hacemos notar que antes de la decisión del 4 de marzo de 1966 en Washington, no existía la infraestructura que permitiera al Embajador tener en su sede la función que le asignan diversos mensajes presidenciales de 1960, 61, 62. Encargado de la coordinación de todas las actividades de las agencias de Estados Unidos en ultramar (State Department, D.O.D., A.I.D., U.S.I.A., C.I.A.), el Embajador no tiene sino el poder de un presidente de sesión durante el curso de las reuniones conjuntas de los jefes de estas diversas misiones alrededor de él, no tiene el poder de control (en el sentido inglés) salvo si es por su prestigio o autoridad personal. En efecto, los grandes departamentos federales, cuyas jerarquías permanecen paralelas, no tienen otro mediador que el Presidente en persona, aun para los asuntos locales, la política general se fija entonces en el momento de algún conflicto y no como una doctrina que sirva de marco y no admitiendo ya conflictos posibles al menos a nivel de los grandes principios. El general Taylor no trata de ocultar que la agencia que creó más dificultades en las sedes diplomáticas en que la intervención armada de Estados Unidos está a la orden del día, es la C.I.A. Encontramos una indicación sobre la autonomía de esta agencia en el combate de Playa Girón (R. and R., p. 60), y un informe preciso sobre el peligro que una falta de coordinación central permanente pudo desempeñar en la "experiencia del Vietnam", haciendo sin duda alusión a la caída de Diem (R. and R., p. 63).

El National Security Council crea-

do en 1947 para desempeñar este cargo fue un fracaso, a pesar de la redacción sumamente clara de sus atribuciones. Las reformas de Kennedy, al día siguiente de Playa Girón, consistieron en disolver sus principales órganos (Planning Board y Operation Coordinating Board) y en confiar directamente sus atribuciones al Secretario de Estado. Pero como este último no disponía de un órgano especial, era a la Casa Blanca y en particular a McGeorge Bundy a quien llegaban los asuntos. Con la crisis de Cuba este método informal de los consejeros privados triunfa, pero con un caso poco significativo según el general Taylor: el problema cubano era una operación militar, para ser pensada por un Estado Mayor acompañándose de una reflexión sobre decisiones secuenciales en una negociación; pero no consistía en una coordinación de la acción de *programas interdependientes* en un lugar determinado como en los países en que los Estados Unidos están presentes. La decisión de marzo de 1966 creó un nuevo órgano, el S.I.G. (Senior Interdepartmental Group) presidido por el Subsecretario de Estado que lleva entonces el título de secretario ejecutivo del S.I.G., pues es él encargado de transar en caso de conflicto. El S.I.G. agrupa a los jefes de los principales departamentos del State Department, al Secretario Adjunto de la Defensa, al Administrador de la A.I.D., al Director de la C.I.A., al jefe del Estado Mayor General y al Director de la U.S.I.A., así como a un representante de la Casa Blanca. En caso de un desacuerdo persistente, los miembros del S.I.G. pueden apelar ante el Presidente, pero basándose en la decisión del presidente ejecutivo del S.I.G., no en primera instancia como era el caso del National

Security Council. El S.I.C. es asistido por órganos regionales de las zonas respectivas (Africa, Medio Oriente, Asia del Sur, América Latina, Extremo Oriente, Europa).

Gracias a la creación de esta nueva estructura no solamente se aliviana el trabajo del Presidente sino que además se atribuye al State Department el poder para transar por lo menos en primera instancia, eventualmente contra la C.I.A., cuando la coordinación de varios programas presenta problemas en el aspecto local. El Embajador se convierte en portador de consignas ejecutorias que emanan del Ministerio del que él mismo depende y ante las cuales los dirigentes locales de las diversas agencias deben conformarse sin poder apelar más allá del Embajador, a una decisión presidencial, puesto que los dirigentes nacionales de las agencias están asociados a ellas.

Esta obra que comienza como una meditación sobre la evolución del mundo no termina en una problemática política ni aun en una táctica, todavía menos en una estrategia, pero en una reorganización de la administración. Siendo los medios militares, diplomáticos, económicos y de información lo que son; suponiéndose conocidas las metas de la política norteamericana, el reflejo de acontecimientos tan considerables como el conflicto chino-soviético o el aplastamiento de los comunistas indonesios (considerados como variaciones estadísticas de las fuentes de posibles problemas), se reducen a reformas del sistema de control del ejecutivo.

La obra de Schelling señala que las armas nucleares hacen posible el ejer-

cicio de una violencia monstruosa sobre el enemigo sin que sea necesario haber obtenido previamente la victoria; se podría creer entonces que el adagio "es más fácil destruir que crear", reemplaza en el contexto de la guerra de destrucción masiva el principio clausewitziano bien conocido de la superioridad de la defensa sobre el ataque¹.

Esta superioridad de la amenaza de empleo de la violencia total en vez de la búsqueda de la victoria militar por la batalla que desarma al enemigo fundamenta para Schelling la disimetría en la polaridad disuasión-persuasión que es propia de los conflictos —negociaciones de la época que él llama la "diplomacia de la violencia" (*Arms and Influence*, p. 6).

Sin embargo, mediremos toda la distancia recorrida por Schelling desde su libro *Strategy of conflict* (que es el equivalente, podríamos decir, en su lenguaje, de *Uncertain trumpet* del general Taylor) cotejando dos pasajes reveladores: 1º *Strategy of Conflict*²: "Fuera de las guerras hipotéticas que perseguían la aniquilación recíproca total de los adversarios, hay siempre una parte de cooperación que toma la forma de una reserva de fuerza no utilizada, o de una serie de daños no cometidos. 2º *Arms and influence*³: "un país ocupado bien dominado puede ser un país donde la violencia latente sea utilizada con tanta habilidad que no hay necesidad de ejercer

¹"¿Cuál es el objeto de la defensa? Conservar. Es más fácil conservar que adquirir, de lo que inmediatamente se desprende que, los medios, supuestos iguales de ambos lados, la defensa es más fácil que el ataque". (*De la guerra*. V. 1.2. Ventajas de la defensa).

²*Estrategia del conflicto*, Ed. española (Madrid), p. 17.

³*Arms and Influence*, p. 30.

esta violencia en represalia: *es la violencia latente la que puede ser utilizada para sacar ventajas*". Así, antes de la crisis de Cuba, es decir, antes de esta impresión de triunfo relativo que llevó a Estados Unidos a atribuir a la retirada soviética toda la orientación hacia la coexistencia pacífica (Taylor, R. and R., p. 4), Schelling enfocaba la fuerza en reserva como la medida de la cooperación. Después, hizo de ella, la medida de la coerción. A pesar de la formulación abstracta, no es la noción de fuerza de reserva la que ha cambiado sino el adversario al que se refiere implícitamente:

Antes de Cuba, la Unión Soviética, potencia respetable con la que hay que transigir. Después de Cuba (los rusos tratando de evitar toda confrontación directa) se piensa en adversarios inferiores y en particular en el Vietnam. La despolarización, es decir, el conflicto chino-soviético, mejor dicho el ablandamiento soviético habría transformado al mundo en una colección de teatros de intervención virtual, donde la superioridad americana puede cada vez ejercer una presión que es superior, siempre que las necesidades de intervención no surgiesen todas en el mismo momento (lo que es improbable). El diagnóstico subyacente de Schelling sería el equivalente de la tesis maóísta del tigre de papel (el imperialismo es el más fuerte tácticamente, un verdadero tigre, pero es más débil estratégicamente, un tigre de papel). Schelling insiste en la calidad de Tigre para no creer en la posibilidad de varios Vietnam, sin duda, pero sobre todo porque no tiene de la guerra popular más que una visión estereotipada, heredada de los diagnósticos maniqueanos elaborados durante la guerra fría y extendidos largamente

por ciertos especialistas franceses quienes no supieron analizar sus fracasos tanto en Indochina como en Argelia. El autor se ve obligado a pasar por los viejos esquemas de la guerra antinsurreccional considerada como la oposición de dos campos activos (el gobierno y los insurgentes) que pelean para obtener la adhesión de un tercer grupo pasivo, la mayor parte de la población, que es objeto de coerción y de "gratificaciones"; por lo tanto cae fatalmente, en inexactitudes históricas tan importantes como las del general Taylor:

"El Vietnam, a comienzos del año 60, dijo, era menos una guerra entre enemigos declarados que una lucha de pandillas de gangsters, con dos pandillas rivales tratando de "vender" protección a la población". (*Arms and Influence*, p. 200).

Escamotea así, todo el problema de la reforma agraria, de la corrupción del sistema del Vietnam del Sur, de la unidad nacional histórica del Vietnam; de este modo, la situación militar "sumamente delicada"⁴ de Estados Unidos en 1968 no podía preverse a pesar de que Giap la había previsto perfectamente...⁵ La sutileza de las reflexiones de Schelling sobre el arte de la coacción en la negociación se sitúa en el nivel psicológico del terror puramente, y no toma estratégicamente en cuenta la permanencia de intereses vitales, a escala de una nación cualquiera que sea su régimen.

⁴Général Beaufre, "Ce qui a fait céder Johnson", *Le Nouvel Observateur*, N° 179; 17-23 avril, 1958, p. 5. Publicado en Chile por la revista *Plan*, 30 de junio de 1968, N° 26, año III.

⁵Id., especialmente J. N., "La guerra del Vietnam vista por el General Giap", *Revue de la Défense Nationale*, mayo de 1968, pp. 925-933, análisis crítico del General Vo Nguyen Giap, *Big Victory, Great Task*, Pall Mall Press, London, 1958.

Este "terrorismo intelectual" latente se expresa perfectamente a través de una serie de aforismos impactantes que suponen un "voluntarismo" extraordinario del pueblo americano o tal vez la existencia de una opinión pública plástica e incapaz de controlar los leaders que ella misma se da: "combatir fuera del territorio nacional, dice, es un acto militar, pero persuadir a los enemigos, a los aliados que combatiríamos en el exterior en circunstancias que implicarían un gran peligro o grandes gastos, para eso se necesita algo más que una capacidad militar. Esto exige intenciones proyectantes, esto exige que se tenga esas intenciones, aun *que se adquieren deliberadamente* y hacerlas saber de manera convincente para forzar a las otras naciones a actuar como se desea" (A. and I., p. 36).

Por otra parte, constatamos que el *esprit de finesse* y de *geometrie* mezclados felizmente que dominaban el pensamiento de Schelling de *Strategy of conflict*, obra de un economista matemático, parece disminuir su importancia ante la necesidad de tratar los temas dinámicos como Herman Kahn. Cierta brutalidad de mecánico se mezcla a la sutileza de Schelling y termina en una elaboración imperfecta y heterogénea de la "escalada". Se puede decir que en su primer capítulo (*el arte de compromiso*) Schelling habla del vocabulario de la "diplomacia de la violencia", en su segundo capítulo (*manipulación del riesgo*) de su sintaxis (definida como teoría de la agrupación de palabras) y en su tercer capítulo, *el idioma de la acción militar*, del lenguaje propiamente tal. La exposición que hace de este idioma, está construida ella misma en forma de una escala de "escalada". Recorre toda la gama del regateo tácito a

la manipulación de los "umbrales"; posteriormente describe una serie de tipos de guerra, desde las guerras limitadas al campo de batalla, las guerras de "riesgo" (Cuba, Vietnam dentro de la misma clasificación) y las guerras de coerción: es decir, que esta escalada lleva finalmente más hacia China que a la Unión Soviética.

Los tres capítulos (*Diplomacia de la supervivencia última, Dinámica de la alarma mutua, Diálogo sobre la carrera armamentista*) comprenden más reflexión bilateral y aborda temas conocidos de la "desescalada" y del regateo implícito de los niveles de armamentos, reflexiones orientadas especialmente hacia las relaciones con la Unión Soviética. Encontramos ciertas ideas superadas ya aparentemente como la de que los Estados Unidos lograron comunicar a los rusos, el interés mutuo de abstenerse de entrar en la carrera de los cohetes anticohetes. Debemos constatar que Schelling a su vez, se consagra a las delicias de la construcción de "guiones". Destacaremos en *Arms and Influence* una serie de "guiones" de intervención en ultramar bastante significativas del espíritu ofensivo o contraofensivo que anima a la administración americana después de Cuba 1962 o desde la subida al poder de Johnson (guión de intervención en China, pp. 184-185, guión de intervención en Irán, p. 160, guión de intervención en Yugoslavia al morir Tito, p. 52). Más extraña todavía es la siguiente afirmación que evoca la posibilidad de un enfrentamiento en Europa.

Schelling, en principio, no considera ya como más verosímil en este teatro ninguna de las tres formas de enfrentamiento local que ha descrito (tipo coreano, tipo Cuba, tipo Vietnam del Norte), pero agrega: "En

cierto sentido debido a que este teatro depende mucho más de los armamentos nucleares, se podría acentuar más la toma de riesgo (*brinkmanship*) y los daños infligidos a los civiles teniendo como meta la coerción, que de las tácticas de campo de batalla. La guerra del Vietnam sienta precedente para reflexionar seriamente sobre esta hipótesis" (A. and I., p. 176).

Esta orientación de un autor (que no puede ser clasificado simplemente entre los "halcones") es probablemente uno de los síntomas de la evolución de Johnson en el que se basa el general Ailleret, en un artículo publicado por la Revista de la Defensa Nacional, para preconizar la defensa "hacia todos los azimutos"⁶.

•

El libro de André Glucksmann es, a mi juicio, una primera tentativa original en la época nuclear para colocar un *Fabrica*⁷ filósofo al lado del Napoleón de nuestro tiempo, es decir, el ogro atómico. Napoleón no podía hacer nada sin sus mariscales, pero inversamente, sin Napoleón, no hubieran existido los mariscales. Hasta ahora, los Jomini o los Stendhal de la "estrategia-diplomacia" moderna dieron buenas descripciones de la actuación de los mariscales del armamento nuclear (es decir, la escala de escalada, la *flexible response*, o al contrario la respuesta masiva), pero no existía la teoría de la ausencia de una teoría de la relación entre Napoleón y sus mariscales. Este lenguaje analógico ilustra una proposición del mismo libro: para Glucksmann, el Alma del Mundo, el espíritu de la gue-

rra absoluta, de la lucha hasta la muerte, concepto hegeliano, encuentra su equivalente en la maquinaria atómica. Napoleón sería "un esbozo analógico del objeto absoluto que realiza el siglo xx con la bomba". Por otra parte, su libro no es sólo una relectura de Hegel sino también de la filiación Maquiavelo - Clausewitz - Lenin - Mao. Aparecen algunas contradicciones en las ideas que estructuran su exposición hegeliana del poder de la bomba, y sus ideas clausewitzianas sobre el mismo, pero estas contradicciones se resuelven al final a favor de la tradición clausewitziana, en una brillante exposición del pensamiento estratégico maoísta.

La similitud Napoleón/bomba no existe si se dejan ambos objetos en la historia; existen solamente si se trata de decir que los dos son instrumentos de muerte, que tendrían la misma función simbólica en un sistema de representación puramente religioso (ya sea del diablo o del anti-Cristo, o de un elemento de una trinidad: bestia del Apocalipsis, tribunal de Pilatos o madera de la Vera Cruz). Como objetos históricos, el primero no prepara de ningún modo la llegada del segundo, ni analógicamente ni en el plano de la historia de las ideas, porque, para decir un truismo, la bomba no es "homme à cheval" y no es tampoco una máquina calculadora. Por lo tanto, la bomba no puede ser considerada como "Weltseele" ni como "Weltgeist". No tiene *virtù*, en el sentido maquiavélico.

Glucksmann da de la no-*virtù* de la bomba una demostración teórica quizás definitiva en su capítulo sobre la "descomposición de la escalada". Asimilando el concepto de *virtù* de Maquiavelo al concepto clausewitzia-

⁶General P. Ailleret "defense tous Azimuths", *Revue de la Defense Nationale* (dic. 1967).

⁷Heroc de *La Chastreuse de Parme*, de Stendhal (NOLR).

no de "continuación" (la guerra continuación de la política por otros medios...). Glucksmann muestra cómo a pesar o más bien a causa de su carácter de arma absoluta, la bomba no puede dar la certeza de una continuación clausewitziana, lo que se expresa por la necesidad en la cual se encuentran los estrategos americanos de proponer un tiempo y un espacio *no continuo por convención* (los "umbrales" dividen el tiempo de la escalada, o la escalada por extensión del teatro de operación local, divide al espacio). Pero lo que da fuerza a la convención sería la existencia de una escala de escalada "dominante". Desde luego, la estrategia nuclear estadounidense no puede ser aceptada como una teoría estratégica sino como una política. No se puede construir a partir de la escala estructurada por el intercambio nuclear mayor, una estrategia, sino únicamente tácticas, ya que la muerte nuclear no es más absoluta que la que da el cuchillo de Ravailac. Por lo tanto, basándose en su capacidad específica de dar muerte masiva, colectiva, más extendida que cualquier otra arma hasta la fecha, se puede más fácilmente reforzar sus atributos sagrados y hacerla objeto de un tipo de religión. A mi juicio es lo que hace Herman Kahn, ubicando el intercambio nuclear espasmódico en la cumbre de un cómputo regresivo muy parecido a los grados de iniciación de los místicos gnósticos por ser indiscutibles en su indeterminación, tratándose en su mayor parte de una "experiencia imaginaria". Por otra parte, la escala de escalada reproduce toda la historia guerrera de la humanidad, del mismo modo que la ontogénesis reproduce la filogénesis. Se trataría por lo tanto también de una religión

historicista pero de tipo adventista. Pero Glucksmann también parece aceptar sin mucha discusión esta "regla del juego del pensamiento estratégico-nuclear" aceptando una idea quizás ya desplazada por la experiencia del Vietnam: "la *ultima ratio* de la violencia extrema es siempre decisiva aunque no puede constituirse en decisión" y "la hora de la verdad (en el duelo termonuclear) no es la guerra sino la crisis". La hora de la verdad sí que siendo la batalla decisiva en es.

la guerra en Vietnam y eso no porque sea más racional sino porque así

La guerra de Vietnam, por supuesto, no es una batalla como las otras de los "buenos tiempos". En el mundo esférico de hoy, la acción decisiva ya no es la que era cuando armas, hombres, e ideas tenían que caminar a pie, en un espacio político geográfico único y prácticamente en dos dimensiones. Las comunicaciones transforman una batalla perdida o ganada no en un progreso o una regresión, es decir, un balanceo, sino en un abanico o un paraguas de reacciones en cadena con *feedback*. Si no, tendríamos que definir la guerra de Vietnam como una crisis, lo que se puede quizás decir del período entre fin de 64 al verano de 65 (durante el cual fue tomada la decisión crítica de la intervención masiva de las tropas norteamericanas), pero no de la guerra en conjunto.

Se trata por lo tanto de una batalla decisiva, no de una guerra limitada por el juego de una supuesta regla específica del sistema termonuclear. Como dice muy bien Schelling, "Unlimited war is unpurposed war". No hay guerra no limitada, pero no se puede concluir que toda guerra limi-

tada tiene sentido, sin definir quién limita las guerras limitadas. ¿Es el temor del enfrentamiento mayor o el papel de los intereses regionales de las fuerzas políticas limitadas sobre las fuerzas políticas mundiales del líder, simbolizado por la fuerza termonuclear? Quedan ciertas ambigüedades en el libro de Glucksmann. Me parece que no es sólo porque Mao-Clausewitziano propone la guerra popular y que esta idea, "adoptada por las masas se transforma en fuerza material", que la guerra y la batalla decisiva siguen siendo importantísimas a pesar de la existencia de la bomba, sino también y más que todo porque "siempre hay que defenderse" aun si la bomba teóricamente arruinó la superioridad de la defensa, como muchos lo piensan, e inclusive Glucksmann en algunos lugares de su libro, y mucho más aún si la estrategia nuclear es una política más que una estrategia, como Glucksmann lo demuestra. La raíz tanto de la construcción de cohetes anticohetes como de la guerra popular reside teóricamente siempre en la necesidad de la defensa, y ahora con la evolución presente del conflicto vietnamita, se ve muy claramente que "el discurso norteamericano de la guerra" no vencerá, (si vence en Vietnam) en términos hegelianos, por "acceptar más profundamente el riesgo absoluto, la muerte" (ib, p. 76) sino por tener una estrategia defensiva adaptada a la fase de ofensiva del FNL. La muerte absoluta del mariscal Murat se tornó hoy día en un concepto estadístico, objeto del cálculo de probabilidad y el general ya no tiene que enfrentarse a la muerte, menos aún el Emperador. La cara oscura y absoluta del lenguaje de la muerte ya no existe para las cabezas estratégicas (mucho menos que las

preocupaciones presupuestarias de las comisiones del Senado) salvo si rinden homenaje al pueblo movilizado y no al Arma (Mao), pero en este caso la muerte no es absoluta.

Se puede quizás decir que el proyecto de Glucksmann de comprender la unidad del pensamiento estratégico norteamericano revelándola a través de su relación con el "Libro de la estrategia clásica" (es decir *Vom Kriege* de Clausewitz) con el modelo de la lucha hasta la muerte (Hegel) implica una formulación filosófica que no se relaciona suficientemente con la historia y la crónica precisa en la cual este pensamiento está envuelto en cada momento. No toma siempre en cuenta la variación de la coyuntura estratégica en el sentido material y de la vinculación estrecha que hay entre esta variación y la variación de los escritos. La incoherencia teórica del pensamiento de varios estrategas o de un estratega de un año a otro no se puede explicar por la evolución de una reflexión que se hace más fina. El factor tiempo no es de misma naturaleza para Maquiavelo, Clausewitz o Mao ni para los estrategas norteamericanos. Maquiavelo, teórico fracasado de una unificación italiana que tendrá que realizarse tres siglos más tarde, piensa fuera de la acción. Clausewitz piensa después de las batallas napoleónicas, Mao durante una guerra prolongada y popular, dentro de un campo de batalla que no varía en función de los progresos de la física aplicada.

Schelling y Herman Kahn, al contrario, son o fueron los consejeros influyentes de un príncipe guerrero que cambia no al ritmo de la sociedad sino de la física nuclear y de la electrónica, de la metalurgia especial; ritmos mucho más rápidos que los de

los cambios económicos o sociales. Por eso no tienen tiempo para hacer la teoría de su propio pensamiento y además no lo necesitan de ningún modo, si se toma en consideración las circunstancias históricas y el papel del pensamiento estratégico en el proceso de las tomas de decisiones. La vinculación ineluctable del pensamiento estratégico con la organización de investigación y de producción industrial implica que su función sea la siguiente: 1º Una técnica auxiliar de las decisiones de inversión, y no el pensamiento soberano que tendría que considerar la dinámica de las relaciones entre sistemas de producción y orientación política de las decisiones de inversión (el cálculo de *cost-effectiveness* es aceptado como suficiente en esta instancia importantísima). 2º Un sistema de justificación o sea de persuasión, hacia el interior; un lenguaje nacional, hacia el exte-

rior, no un pensamiento soberano que tendría que considerar la dinámica de las relaciones entre sistemas de destrucción confrontadas.

Por estas razones, si uno busca dar una teoría bien construida de las estrategias norteamericanas siempre existe el riesgo de construir un sistema que nunca existió por ser el resultado de varias posiciones sucesivas que nunca fueron abiertamente incompatibles, por no haberse nunca encontrado en forma teórica, pero que nunca tampoco trataron de ser considerados como compatibles. Habrá que definir por lo menos dos teorías de la escalada, una anterior a la crisis de Cuba, otra anterior a la intervención masiva en Vietnam, y considerarlas como instrumentos de análisis útiles para el historiador antes de desarrollar una reflexión filosófica definitiva sobre este momento del pensamiento estratégico.